

Leyenda

“Las mariposas que alumbran el Segura”



Por Éternel

A principios del siglo XIX, la situación de la actividad sedera en Murcia ocupaba el tercer puesto de todas las regiones sederas españolas, tras Valencia y Andalucía; sacando ventaja frente a Castilla, Aragón y Cataluña. Corría el año 1918, y a pesar de la epidemia de gripe, la Estación Sericícola en Murcia tenía una frenética actividad gracias al empuje de su director, el agrónomo Adolfo Virgili Vidiella . Se rumoreaba que el año entrante se crearía una escuela de capataces con formación específica en agronomía y sericultura. Sin embargo, la incertidumbre sobre el futuro sofocaba todos los planes.

El mundo llevaba años de tiempos compulsos dados por la primera guerra. Aun, siendo que España, por orden de su Majestad había ordenado la “más estricta neutralidad a los súbditos españoles”, muchas familias que emigraron en busca de un futuro mejor, se vieron separadas por el conflicto. Tal era el caso de la prole de Don Antonio López Martínez que no veían a José, el mayor de sus hijos, desde hacía ocho años. Con entusiasmo, había viajado a Ybor City, Estados Unidos, en 1910 para trabajar en la pujante industria tabaquera. Allí, se casó con Giuliana, una italiana también inmigrante, de la que poco sabían. Ambos se conocieron en el sindicato obrero. La última carta que recibieron tenía tres años; durante la Gran Guerra, la correspondencia era escasa por no decir nula. La más pequeña de la familia, que ya era una mujer, más que ninguno anhelaba recibir correspondencia. Su hermano emigró con Armando, su novio, quien le había hecho llegar una carta la cual tuvo su primera parada en Inglaterra. Y luego, de manera insólita, apareció en Murcia en manos de un comendador inédito que no quiso dar su nombre al entregarla.

En ella, Armando se despedía, pensando que tal vez no volvería a verla. La gripe en América estaba haciendo estragos. La prensa censuraba la información por causa de las estrategias políticas de la guerra y el presidente tampoco quería desmoralizar a la población. Los campos de entrenamiento del ejército reportaban una situación sanitaria alarmante. Entre sus líneas podía entenderse la

sorpresa ante la realidad que Armando vivía en América y la ficción que querían imponer al resto del mundo. Había oído el mote con el que referenciaban a la gripe: ¡española! Y todo a causa de informar sobre la epidemia sin censura.

Aurora, al nacer, vio la luz del mundo entre las hebras de hilos de seda. Monserrat, su madre, había participado en las protestas de la famosa huelga de 1911 con el resto de hilanderas. Aquel 20 de septiembre en la Fábrica Grande de seda, de la Puerta de Castilla en la ciudad de Murcia las mujeres bregaron por sus derechos laborales. Al año siguiente enviudó y pasó a encargarse de las tareas agrícolas de la huerta y de la cría de gusanos de la morera blanca. Entre el traslado de la Fábrica de la carretera de El Palmar a la Alberca y que el sueldo era insuficiente, decidió dejar la filatura.

Al nacer su hija, pensó que los gusanos de seda le habían dotado de su belleza. Tenía el rostro blanco y suave como el terciopelo. Fueron pasando los años y su andar se tornó como el mover delicado del aleteo de una mariposa. Lo que no imaginó era cuán efímera sería su vida. ¡Qué ironía! La misma instantaneidad que tenía aquélla en su revolotear tras salir de su capullo.

Aurora había enviado en un sobre para Armando un recorte del diario de la edición matutina de El liberal del 31 de octubre de 1918 donde el titular “La Epidemia decrece” estaba trayendo nuevas esperanzas a la población. Tampoco faltaban las referencias de la solidaridad murciana en las campañas sanitarias, en las de Espinardo y Guadalupe resaltaba que los epidemiados pobres estaban siendo socorridos espléndidamente. Los contagios habían disminuido. La llamaron, no obstante, “una sombra siniestra”; y con razón. Nunca antes se había visto tanta bravura en un virus dejando imágenes desopilantes: uno que otro cadáver yaciendo olvidado en la calle sin asistencia. Sanidad acudía lo más pronto posible. Humo que salía de las chimeneas en donde se quemaban enseres de los fallecidos. En el lugar que entraras podías oler el desinfectante Zotal; famoso por publicaciones contra la gripe y recomendado por real decreto.

¡Maloliente mortandad que no perdonaba vida tras su paso! Postales del infierno...Así de sofocante como aquel fuego abrazador en un calor imaginario, sentía Aurora su respirar. Sin la luna esa noche estaba muy oscura, y al cruzar los matorrales le temblaban las piernas. El sudor le goteaba por la frente; casi no podía dar un paso. Caminaba sin rumbo, no sabía si hallaría viva a quien estaba buscando. ¡Roma! ¡Roma! No podía dejar de llamar desesperadamente a su mascota. El Gobierno Civil había comunicado que todos los animales contagiados serían sacrificados. Se sabía que los sobrevivientes quedaban con secuelas graves y que transmitían el virus a las personas. Fue justo en ese momento, en que la imaginaba en sus últimas horas, quien sabe yaciendo dónde; sola, jadeante por un lengüetazo de agua y haciendo honor a su condición de persona no humana; cuando la vio. Era ella. Su pequeña perrita a la que había contagiado de gripe. Por fin, a lo lejos, divisó la mancha blanca de su pecho. Caminaba de lado, lentamente. Hasta parecía más delgada. Su asombro fue tal, que al abrazarla y notar que tenía una pata amputada; se desmayó.

Sentía sobre su rostro, unas gotas de agua, densas y pegajosas. Se esforzaba por imaginar qué eran, de dónde venían, pero la pesadez de la fiebre no le había dejado fuerzas suficientes para dominar su pensamiento. De repente, abrió los ojos y se dio cuenta que Roma, no estaba en ningún bosque de pinos; ni mucho menos, que le faltara una pata; todo ese terror había sido un mal sueño. ¡Una pesadilla! Despertó y veía su propio cuerpo, entre los árboles de morera blanca junto a Roma que besaba su pálido y gélido rostro. Contemplaba cómo su propio espíritu lentamente levitaba y sobrevolaba por el aire. Blanca. Diáfana. Igual que una mariposa. Tan luminosa como la luna que se reflejaba en el Segura.

Esa noche, Aurora se despidió de Armando. Se fue a revolotear con el resto de mariposas, que, tras dejarnos la seda y vivir sus cinco edades terrenales, duermen en la luna para alcanzar su último ciclo: la vida eterna. Un despertar sin muerte. Por ello, se escucha por las noches un aletear sereno y

se ve a lo lejos, recorriendo todo el Segura, varios haz de luces que suben hasta desaparecer en el cielo.

*Ay de ti bella luna,
ay de ti que alumbras el Segura.*

*Muestras su esplendor,
reflejando tu belleza en él.*

*iAy de ti bella luna!
qué nunca muera tu resplandor.*

*Que viaje sin cesar;
a igual velocidad que la luz.*

iLevita sobre sus aguas!

*No mires atrás,
que si te detienes,
verás que la mortandad
viene siguiendo tus pasos.*

Lleva consigo un trapo negro;

*pretende con él,
apagar tu fulgor.*

*iAy de ti bella luna!
que si tu desapareces
¿quién alumbrara el Segura?*